

EDUARDO CHILLIDA: EL PRINCIPIO DE LAS COSAS

*"Es necesario gozar de las cosas
allí donde casi dejan de serlo,
en el principio de ellas,
donde desapareció tanto de su
superficialidad que no queda más
que ese escollo puro,
lo noble que en toda cosa hay"*

ALEJANDRO DE LA SOTA

No es fácil presentar en pocas líneas a Eduardo Chillida. No es fácil, porque con la palabra no podemos añadir nada a cuanto ha hecho el escultor con su obra, porque un artista habla en otro lenguaje que no es el común y expresa lo que las palabras no pueden o no deben decir, y además, en este caso, porque la obra de Chillida se encuentra ya presente en tantas ciudades del mundo –París, Barcelona, San Sebastián, Madrid, Teherán, Houston, Dusseldorf...– y ha viajado a tantas exposiciones individuales que sería raro no poder decir que se tiene al alcance de la mano. Teniéndole tan cerca, pudiendo “conversar” tan fácilmente con él a través de sus obras, podríamos pensar que ahora bastaría con agradecerle tantas cosas como creó, tantas que, por sus creaciones, entraron en el mundo de la belleza.

Eduardo Chillida nace en 1924 en San Sebastián. La infancia en su ciudad y el conocimiento de la cultura y las raíces de su tierra marcarán para siempre al joven, que hará de esa identificación con su pueblo uno de los caracteres esenciales de su obra escultórica. Siendo niño, mucho antes de descubrir su auténtica vocación artística, descubrió un lugar maravilloso donde su ciudad natal se fundía con el infinito del mar. Ese lugar, el Peine del Viento, es hoy para muchos donostiarras el símbolo de la ciudad.

A los diecinueve años comienza Eduardo los estudios de Arquitectura en Madrid. Durante esa época descubre el espacio, la luz, la estructura, la construcción. Conoce también al escultor Pablo Palazuelo, que de algún modo dejará huella en Chillida con ese “océano ilimitado de energía” que es el espacio, en palabras de Palazuelo.

Unos años después deja los estudios de Arquitectura y marcha a París para dedicarse a la escultura. Sus primeras obras las realiza en 1948. Apasionado por la escultura griega, reconoce en su obra temprana influencias de los “Kouros” de la Grecia preclásica. Se adivina también en esa época la huella de Palazuelo, con quien trabaja varios años. Pero por encima de estas influencias, Chillida no deja de buscar su propio camino, su propio modo personal de crear, donde habrá elementos que recibirá de otros, que pronto hará suyos, y los sintetizará en su modo de ser y de hacer.

La contemplación de la Victoria de Samotracia y un viaje por el Mediterráneo en 1963 transforman su interés por la luz. Chillida, un hombre del Cantábrico, un hombre de esa luz densa y brumosa de San Sebastián, distinta de aquella otra intensa y transparente del Mediterráneo, encuentra en la traslucidez del alabastro una oportunidad para plasmar ese nuevo descubrimiento de la luz en la escultura. Es entonces cuando comienza la serie “Elogio de la luz”.

Curioso paralelismo entre este modo de entender la luz griega frente a Heidegger, cuando escribe sobre el templo griego:

“El esplendor y el brillo de la piedra, que aparentemente parece resplandecer sólo gracias al Sol, son los primeros en sacar a la luz del día el silencio del cielo, las tinieblas de la noche. El sólido brotar hace visible el espacio invisible de aire.”

No es extraño que Heidegger, que tan plásticamente es capaz de escribir sobre el espacio y la luz, encuentre profundas resonancias en el escultor donostiarra, y viceversa. Chillida tenía algo que aportar desde su visión artística –no propiamente filosófica– a alguien tan interesado en la espacialidad del ser humano. Heidegger hablará de su encuentro con Chillida en St. Gall, en 1968. Recordará aquellas conversaciones con el escultor y aquellas preguntas que se plantea detrás de su obra:

“El límite es el protagonista del espacio, como el presente, otro límite, es el protagonista del tiempo.”

“¿Será la no dimensión del presente lo que hace posible la vida, como la no dimensión del punto hace posible la Geometría?”

Chillida se plantea en su escultura, desde un punto de vista plástico, las grandes preguntas que se han hecho los hombres de todos los tiempos, ya sea desde un ángulo filosófico, físico, geométrico o arquitectónico. De ahí el gran interés que su obra despierta entre las diversas esferas del pensamiento y de las artes.

Recientemente se ha nombrado “Arquitecto Honorario” a Eduardo Chillida. Su preocupación por la integración en espacios urbanos, donde el hombre y la obra de arte logren un diálogo e interrelación permanentes, le ha valido al escultor ser reconocido oficialmente como arquitecto. En realidad, aunque Eduardo dejara los estudios de Arquitectura, nunca dejó de ser arquitecto. Los títulos de sus obras lo delatan: “Alrededor del Vacío”, “La casa del Padre”, “Elogio de la Arquitectura”, “Casa de la Luz”. Siempre ha estado presente en su obra el concepto espacial arquitectónico, esa “búsqueda constante del espacio que acoge al hombre”, ese dominio de las estructuras que va mucho más allá de las fórmulas matemáticas, esa componente “tectónica”, ligada a lo constructivo, al material empleado: hierro, madera, acero, hormigón... Mucho han tenido que aprender los arquitectos de la obra de Chillida.

Pero las lecciones que nos da no quedan sólo en el campo de la escultura, la arquitectura, o el arte en general. Desde cualquier punto de vista del hacer humano creador –transformador– artístico o no, hay mucho que aprender de Chillida: esa búsqueda incansable de lo desconocido; ese continuo hacerse preguntas, sin tener miedo a que algunas no puedan cerrarse en la existencia humana, aunque sin claudicar en el empeño por resolverlas; ese afán por entender las propias raíces para trabajar desde esa herencia que es la tradición sin romper con la historia; ese ir haciéndose cada uno su “camino” que arranca del propio modo de ser, sin refugiarse en las modas del momento, para aportar a nuestro mundo aquello personal e intransferible que cada uno debe crear, para transformar, para construir. Parafraseando a Paul Valéry –tan admirado por Chillida–, nos dice que, a fuerza de construir, uno debe acabar construyéndose a sí mismo.

Penetrar en la obra de Chillida exige salir de vez en cuando del complicado engranaje de los acontecimientos diarios y pararse ante lo que él “elogia” en sus esculturas: el horizonte, la luz, el mar... En ese diálogo sin palabras que desde siempre el hombre ha mantenido con lo inefable de la naturaleza toman parte esas piezas que el escultor ha colocado como si siempre hubieran estado allí: entre la naturaleza y el artefacto, entre la ciudad y el mar, entre la tierra y el cielo. Parece que las obras de Chillida siempre debieran haber estado en los lugares para los que han sido hechas. Es como si el artista vislumbrara lo que faltaba a la naturaleza, como si oyera la voz del lugar, la “voluntad de ser” de las cosas.

Las palabras de Alejandro de la Sota que encabezan estas líneas expresan una característica importante en la obra de este gran escultor de nuestro tiempo: la ausencia de superficialidad. Chillida va directamente a los principios de las cosas, a lo profundo de ellas. Esta es quizás la dificultad que algunos encuentran para entender su obra, pero es también su grandeza, pues gracias a él descubrimos, en el trasfondo de las cosas, la belleza... “ese escollo puro, lo noble que en toda cosa hay.”

ANTONIO JUAREZ CHICOTE